BOOM+ TOOLBOX

CREATIVE WRITING SHORT STORY WORKSHOP

VOLUME II

ON THE LATIN AMERICAN BOOM AND OTHER AUTHORS

MEXICAN CULTURAL INSTITUTE
WASHINGTON DC

BOOM+ TOOLBOX:

CREATIVE WRITING SHORT STORY WORKSHOP

ON THE LATIN AMERICAN BOOM AND OTHER AUTHORS

BOOM+ Tool Box: Creative writing short story workshop
On the Latin American Boom and other authors

Volume 2. Washington, DC, 2021

Carlos José Pérez Sámano
Original Cover Design

José Corza and Karla Chapa
Editorial Design

Karla Chapa
Cover Art and Graphic Design

Copyright © 2021 All rights reserved. Contributors retain the copyright of their submissions.

Website: http://instituteofmexicodc.org/
Social media: @MexCultureDC

MEXICAN
CULTURAL
INSTITUTE
WASHINGTON DC

To write, first you need to learn to dream.

Index

About the Instructor 11
Luis Felipe Lomelí

Rosas Silvestres 15
Andrea Arzaba

El Uniforme 19
Carmen Benito Vessels

My Friend the Lab 31
Mateo Bonilla

Mort de l'âme 35
Valentina de la Borbolla

Rojo Manantial 41
Juan Carlos Huerta Galindo

Men at work 51
Enrique Maraver

Hormigas 61
Ofelia Montelongo

Romper la rutina 65
María José Orozco

Take a Deep Breath. Exhale 71
Rosalba Ruiz

Begin the Begin 75
Willona M. Sloan

About the Instructor

Luis Felipe Lomelí

Since our first bilingual literary workshop was a marvelous success, we decided to have a second round. And it was better! We had more participants, more diversity, more guest speakers that shared their knowledge and experiences with us, a wider variety of Latin American authors to read, and more challenging literary exercises.

A partial sample of the results are here in this booklet where you will find ten amazing stories which topics and techniques vary form a normal day —while driving or having a surgery— that turned upside down, to finding a mysterious document or an even more mysterious pet that could change the characters' life forever. I hope you have a delightful reading, and see you in Boom Toolbox III.

BOOM+ TOOLBOX:

Volume Two

Andrea Arzaba

Andrea Arzaba is a bilingual writer and journalist. She has dedicated her life to documenting the stories of people in Latin America and Latinx communities in the United States. Her work focuses on issues around freedom of expression, climate change, migration, and women's leadership. Andrea holds a master's degree in Latin American Studies from Georgetown University in Washington D.C. and a BA in Communications and Journalism from Universidad Iberoamericana in Mexico City.

"I really enjoyed our creative writing workshop. Luis Lomeli paced the class just right so we felt engaged and challenged. He encouraged us to try new techniques, which I appreciated. I also loved sharing the class with such talented writers!"

Rosas silvestres

Nayeli tomaba sorbo a sorbo su café negro, frío, que había preparado la noche anterior. Miraba y acariciaba fijamente el par de delicados guantes blancos que estaban en su regazo, mientras pensaba en su hermana Ruth, quien había salido por la puerta de la casa hace dos semanas. Y desde entonces, no había regresado.

Nadie sabía nada de Ruth. La policía estaba detrás del caso. La madre, destrozada, diariamente salía temprano a buscarla por los barrios de la ciudad. Regresaba a casa exhausta por la noche, a dormir cuatro o cinco horas para volver a comenzar su búsqueda, que parecía interminable.

Minutos antes, Nayeli había entrado a la habitación de Ruth para abrir su cajonera de madera. Fue entonces que encontró una libreta con hojas gruesas, empastada en piel.

Era el diario de su hermana. Cada escrito del diario estaba finalizado con su firma, menos el último.
Comenzó a leer.

Anoche fue memorable. Salí y me divertí demasiado en la boda de Enriquito y Mariela, donde cené y bailé por horas y horas. Incluso con varios chicos y uno de ellos me pidió volver a verle, algo que nunca me había pasado. Sentí que mi ser brillaba, y que las miradas de los invitados me envolvían sutilmente, a cada paso que daba.

Para la ocasión, usé pestañas postizas y pinté mis labios color carmín. También llevé un vestido color esmeralda que compré especialmente para la boda. Pero la cereza en el pastel fueron el par de guantes blancos que usé, con un sutil bordado y encaje. Este par me lo regaló mi abuela Ramona, ella misma los había bordado. Yo los estaba guardando para una fiesta especial y esta era la ocasión perfecta. Los guantes hacían juego con el vestido y conservaban un dulce aroma a rosas, como el perfume de la abuela. Durante la fiesta, muchas personas me preguntaron de dónde habían salido. Expliqué que eran una herencia centenaria, por lo que recibí aún más halagos.

Al regresar a casa, en la madrugada, me topé con un problema. Después de despojarme del vestido y acomodarme para dormir, intenté quitar los delicados guantes blancos, pero no salían de mis manos. Hice de todo: unté desde mantequilla y aceite de coco hasta crema de almendras. Incluso, con todo el dolor de mi corazón, agarré unas tijeras y me propuse cortar la suave tela, pero los guantes no salían. Ni se cortaban.

Ni con cuchillo. Intenté morderlos y nada. Mis dientes no les hacían ningún rasguño. Lo peor fue que, conforme pasaban las horas, sentía los guantes más y más ajustados. Me sofocaban. Como si ellos quisieran algo de mí. Los guantes, que eran ligeros mientras los usaba en la

boda, ahora comenzaban a sentirse pesados. Como traer piedras rasposas pegadas a las palmas de las manos.
Me desesperé tanto que decidí recostarme y tomar una pastilla para dormir. Creí que si me dormía, despertaría ya sin aquellos opresores. La pastilla no hizo nada más que empeorar mi situación. Poco a poco la diferencia entre mi piel y los guantes comenzó a hacerse poco evidente. Comencé a preguntarme qué era la piel y qué era la tela. Sentí angustia. Creí que había perdido la cabeza. Entre rezos, pedí claridad a la abuela, como lo había hecho muchas veces antes. Como tú me lo has aconsejado en el pasado.

A Nayeli le llamó la atención esa última frase. También se dio cuenta que la letra en la página había cambiado. Incluso la tinta, de haber sido un azul oscuro había cambiado a un rojo intenso. Parecía como si lo hubiera escrito otra persona. Leyó entonces la última línea:

Afortunadamente, a la mañana siguiente los guantes salieron de mis manos sin ningún problema.

Al cerrar el diario, a Nayeli le llamó la atención una pequeña caja dorada. Al abrirla, un sutil olor a rosas silvestres la sedujo. Entonces reconoció dos delicados guantes blancos. Suaves. Hermosos. Como los que bordaba su abuela. Su corazón comenzó a palpitar más rápidamente. No podía dejar de acariciarlos.

Su madre no llegaría hasta la noche. Tomó un sorbo de su café frío. Y al sentir la suave tela acariciar su piel, no resistió la tentación de hacerlos suyos.

Carmen Benito Vessels

Carmen Benito Vessels has dedicated her professional life to research historical aspects of the Spanish language, literature and the ample space in between. She has written several academic books and many scholarly articles about her areas of expertise. She is a Professor at the University of Maryland.

"I wonder how I managed to live without writing fiction until the recent confinement. All I needed was a little encouragement and I got it from the best. Luis Felipe Lomelí and Carlos José Pérez Samano are extremely gifted and generous writers and incredible instructors. I'm forever thankful to Ix-Nic Iruegas, Pilar Orozco and the Mexican Cultural Institute for facilitating these creative writing workshops. It has been a life changing experience."

El uniforme

Todos los años, Pilar Sandoval anticipaba con ilusión los preparativos para el baile de gala de los marines estadounidenses de Rota, y hasta sus últimos días contaba como noticia fresca los detalles del primero al que a ella había asistido, en 1991, y en el que fue anunciada como La señorita Pilarín Sandoval y Sandoval.

Ella describía la limusina en la que llegó a la academia militar como la carroza de Cenicienta; decía que iba acompañada por un príncipe que vestía fajín carmesí, zapatos de charol, boina de plato, espada al cinto adornada con dragona dorada, y charreteras que parecían un cortinaje esperando para levantar el telón teatral; quizá aquellas charreteras fueran una premonición de lo que sería su vida matrimonial con el lugarteniente Steve O'Brian.

Ambos tuvieron un único hijo a quien bautizaron con el nombre del padre. Doña Pilar enviudó del lugarteniente hace cuarenta años, pero siempre se negó a aceptar la viudez. Y Steve hijo, que hoy roza la treintena, no se lo discutió.

Pilar Sandoval era la única alumna del privilegiado colegio Internacional de Cádiz que nunca supo —o fingió no saber — que ella había sido la segundona para el baile de los marines al que asistían todas las niñas gaditanas de sociedad que estaban en edad de prometer. El oficial O'Brian, que formaba parte de la Sexta Flota estadounidense, había invitado a Violeta Gutiérrez, una mujer resuelta, hermosa, feliz e inteligente que dejó plantado a O'Brian cuando, días antes de ir al baile, a este se le ocurrió pedirle que fuera su prometida, y que le jurase fidelidad hasta que se resolvieran los conflictos que exigían su desplazamiento; luego, poniéndose firme y con la mano en el pecho, el marine le aseguró que inmediatamente después de su vuelta, se casarían y vivirían en una casita de Rota. Violeta mandó muy lejos a O'Brian, tiró el ramo de flores en la Plaza de San Juan de Dios y, para disgusto de sus padres, regresó corriendo a su casa.

En menos de veinticuatro horas, el oficial O'Brian convenció a Pilarín Sandoval con idéntica propuesta; a ella la idea de esperar indefinidamente a un marine le pareció tan romántica como un cuento de hadas y tan heroica como una épica griega; en un abrir y cerrar de ojos, ella estaría comprometida con un marine, y pensar en que su O'Brian navegaría por lugares desconocidos la hacía estremecerse de emoción.

El código militar le impedía a O'Brian revelar que su destino era la costa de la antigua Yugoslavia. Ni él ni nadie barruntaba las dimensiones de aquel conflicto. A causa de la guerra de Bosnia, O'Brian recibió la primera orden de desplazarse al Adriático en 1992, y la segunda tres años más tarde cuando, tras la matanza de Srebrenica y la masacre del mercado de Sarajevo, la

OTAN ordenó el ataque aéreo de la región. O'Brian no llegó a saber que el 21 de noviembre de 1995, después de tres semanas de conversaciones en Dayton, Ohio, a unos 300 km de su Akron natal, los líderes de Bosnia, Croacia y Serbia firmarían un acuerdo de paz.

En esos tres años de breve convivencia, la vida de recién casados de los O'Brian seguía ritmo y horario militar sin sobresaltos. La casa prefabricada parecía una casa de muñecas, era acogedora, estaba pintada en colores pastel, tenía un pequeño jardín y estaba rodeada de familias tan complacientes como ellos. El lugarteniente-marido era detallista y cumplidor, Pilar era agradable y hermosa, y sus vidas transcurrieron con las cualidades del agua filtrada. Ella había sido educada para figurar y nunca tuvo que enfrentar dificultades; sus ademanes revelaban un pedigrí inconfundible y tenía cara de muñeca de porcelana con la cabeza perfectamente vacía. Vistas por fuera, las cabezas de estas muñecas no despiertan grandes pasiones, pero vistas por dentro, a mí me daban miedo en mi infancia.

No sé por qué algunas de mis muñecas acabaron descabezadas y, cuando esto ocurrió, comprobé que en su interior hay dos bolas blancas, lisas y brillantes y articuladas con un alambre —son los ojos, que sin el iris ni la pupila que, naturalmente están por fuera, parecen ojos vueltos de muerto y son aterradoras —; por encima del alambre hay otro mecanismo que permite que las muñecas abran y cierren dos semiesferas cóncavas y con flequitos de seda que son los párpados y las pestañas; por encima de ambos está la frente y en el polo norte de la esfera hay una especie de tapizado de seda que a mí me producía dolor, es la urdimbre de pespuntes del cuero cabelludo que da vida al pelo.

Poniendo las cabezas huecas al contraluz, se ven los agujeritos que definen los orificios de la nariz y de la boca con una fila perfecta de dientes de marfil. Si digo esto es porque al ver la cara de Pilarín, todo el mundo se daba la vuelta para fijarse en aquella hermosa joven y todos decían lo mismo: es una muñeca. Como tal llegó Pilarín al altar de la Inmaculada Concepción en la catedral de Cádiz, con su cara de porcelana y su cabeza vacía. Tras la ceremonia de la boda, el oficiante besó la monumental custodia procesional de Enrique de Arfe para que Dios protegiera a los O'Brian, y los recién casados desfilaron luego bajo el arco de sables de los oficiales de la promoción de Steve.

Todavía resonaba la música de los dos órganos catedralicios cuando Pilarín bajó las escalinatas de la catedral de Santa Cruz de las Aguas como la esposa del lugarteniente O'Brian. Luego, a petición y pago de los Sandoval y Sandoval, repicaron al vuelo las campanas de los dos torreones desde los que antaño se observaran las tierras enemigas en lontananza.

Adiestrada en las artes de parecer, la muñeca Pilar siempre soñó con casarse con un hombre de uniforme y no pensó que el portador del mismo no regresara de los conflictos de la antigua Yugoslavia o que lo hiciera envuelto en la bandera, como de hecho ocurrió la segunda vez que O'Brian fue enviado al Adriático. Fiel a sus convicciones, Pilar guardaría siempre el uniforme de gala de su marido para mantener vivo su sueño.

Durante sus tres años de matrimonio, nada perturbó la paz de Pilar porque ella no hizo nada sino tener un hijo, quien tampoco la perturbó pues a él lo cuidaba una institutriz, Miss McCarthy, cuáquera de Boston que era

vecina de los O'Brian. Desde que el pequeño aprendió a hablar, Pilar le repetía siete veces por semana: "Steve es un buen hijo".

Y cuando el niño aprendió a escribir, la institutriz le hacía copiar esta frase también siete veces, pero en inglés. A los ocho años, Steve era bilingüe y dos veces por semana perfeccionaba su ortografía con dictados sobre la historia de los marines. Miss McCarthy adoraba al pequeño Steve y a los marines, pero carecía de biblioteca y sacaba de Wikipedia la información para los dictados de su pupilo. Este es el único que guardó doña Pilar en los cuadernos escolares de la casa de Rota de los O'Brian:

The Sixth Fleet was established in February 1950 by redesignation of the former Sixth Task Fleet, which in turn was the 1948 redesignation of US Naval Forces, Mediterranean. Since that time, it has been continually engaged in world affairs around the Mediterranean, and, on occasion, further afield. It was involved in numerous NATO maritime exercises, and maintenance of task forces in the Adriatic during the wars in former Yugoslavia in the 1990s.

The officially stated mission of the Sixth Fleet in 2011 is "that it conducts the full range of Maritime Operations and Theater Security Cooperation missions, in concert with coalition, joint, interagency, and other parties, in order to advance security and stability in Europe and Africa."

Steve creció escuchando el relato de la vida de su padre como si se tratara de un cuento de Charles Dickens, o incluso mejor, porque él estaba en esa historia:

"Tu padre fue hijo de emigrantes irlandeses que se

asentaron en Akron, Ohio. El abuelo fue cervecero, la abuela crió a sus diez hijos como pudo; tu padre fue el menor de ellos; los mayores se fueron pronto para ganarse la vida. En casa solo quedaron la tía Elizabeth, quien cuidaba de los abuelos, y tu padre, a quien ella criaba como si fuera su hijo, pues le sacaba casi veinte años. Protegido por la tía Elizabeth, y para que llegara a ser un hombre de bien, tu padre estudió mucho y a los 16 años entró a trabajar por las tardes en la cervecería del abuelo O'Brian. Tu padre aborrecía la planta de envasado y se enlistó en el programa de JROTC (Junior Reserve Officers' Training Corps) de Akron Early College High School; tras graduarse de Akron, ingresó en la Academia Naval Annapolis a través del ROTC de donde se licenció con honores; su primer y único destino fue la Sexta Flota de la base naval en Rota. Se enamoró de mí a primera vista, tuvimos una boda de cuento, todos decían que parecíamos príncipes; hicimos nidito en Rota y allí naciste tú".

Steve no conoció a su padre, pero este breve cuento y los dictados de Miss McCarthy eran suficientes para imaginar su vida en viñetas. Desde muy pequeño, Steve aprendió a distinguir los rangos militares por los galones y las estrellas; memorizó los colores y significado de cada una de las insignias del uniforme paterno; y no lo olvidaría nunca, ¡allí estaba su madre para recordárselo día y noche!

Aquella castrante infancia junto a su madre e institutriz, con sus 365 días por año, y sus ejercicios cotidianos saturaron el cerebelo de Steve hijo. Todo ocurrió una tarde, después de la fiesta de su décimo cumpleaños en la que él iba vestido de marinerito y en la que se coló Antón, el hijo de un pescador de Azahara de los Atunes.

Antón le explicó a Steve que él se llamaba así porque su padre pensaba que ese nombre era lo más parecido a "atún" y que para ellos este pez era como oro en polvo, que él y su padre vivían felices en un barco y que él solo tenía una obligación: mirar el mar y apuntar con el dedo cuando sospechaba que estaban cerca de los atunes. Antón no podía pronunciar bien el nombre de Steve y le dijo que se llamara de otra manera 'más mejor', como "Tibi" porque al decir 'ssssstttiv" se iban a escapar los atunes. El marinerito O'Brian pasó la noche en vela, decidió abandonar su papel de principito, dijo que se llamaba Tibi y se negó a recitar el significado de las insignias de su padre. Aquel día de cumpleaños, gracias a Antón, Tibi entendió que él era hijo de una muñeca y de un príncipe vestido de marine. Es decir, él no era un niño de verdad como Antón y que, como este le había dicho, necesitaba romper el encantamiento.

Era lunes, Tibi terminó de copiar sus frases 'históricas' en inglés, tenía la intención de escaparse a Zahara de los Atunes para irse a vivir con Antón y se había vestido como pensó que Antón se vestía, pero le distrajo el alboroto callejero de todos los lunes. Abrió la ventana para ver de dónde procedía la algarabía y la voz que cada lunes recitaba la misma retahíla: "Coooooompro hieeeerro vieeejo, metaaaal y coooobre". Pensando en Antón, Tibi decidió romper el hechizo y se fue con los causantes de la algarabía: los gitanos cuyos churumbeles se sorbían los mocos, vestían de cualquier manera, llevaban costras en las rodillas, y, como los adultos, reían a mandíbula batiente. El agitanado Tibi no regresó a la casa de muñecas de Rota, pero no olvidó ni una sola vez enviarle flores a Pilar en el aniversario del baile de los marines. "Él era un buen hijo". En su soledad de muñeca sin dueño, Pilar seguía alimentando su cabeza vacía, y todos los

años, a mediados de octubre, llevaba a la tintorería el traje del marine O'Brian y exigía que se lo tuvieran listo para el baile de los cadetes. Antes de llevarlo a limpiar, Pilar le quitaba las condecoraciones, los galones y la placa grabada con el nombre del lugarteniente; luego se lo entregaba impoluto a los empleados de "Limpiezas Colella" y lo recogía unos días más tarde tan impoluto como lo había dejado. En esta operación apenas había tres variantes: el nuevo ticket describiendo la prenda, la nueva fecha para recogerla — y una resta — los 50 euros menos en la cuenta de la familia O'Brian.

Es probable que en "Colella" no dijeran nada y solo limpiaran el traje en los años bisiestos; pero los dueños lo aceptaban sin rechistar porque sabían la historia del patético cuarteto de doña Pilar, Steve, Miss McCarthy y Tibi. Y sabían que, de vuelta a casa, la madre le quitaría el plástico al uniforme y lo colgaría en el vestidor listo para el día siguiente; pasado el baile de gala, volvería a guardarlo en el armario hasta el año siguiente.

Murió Pilar en marzo de 2020, y Steve hijo, que a la sazón se había labrado un porvenir agitanado, ese año tenía casi la edad de su padre cuando este había fallecido y decidió vender la casa familiar para mantener su estatus de Gypsy King; pero él nunca pensó en la difícil tarea de vaciarla. Steve vivía en el Albaicín granadino, era inteligente y guapo como su padre, y creció hasta hacerse un hombre afable, jovial y respetado. Además de alfarero, y hablante nativo de romaní, gaditano, castellano e inglés, era cantaor con sobrenombre "Gypsy Tib"; ¡pena que no tuvo descendientes para contarles su historia!
Steve-Tibi-Gypsy Tib, era un hombre feliz y no le resultaba ni rentable ni fácil ni apetecible —o en orden

inverso — ocuparse de la casa de Rota. Así pues, Tibi se deshizo de casi todos los enseres con facilidad; pero el traje de marinero de su padre tenía vida propia, actuaba como un hechizo y, al igual que la colección de sus cuadernos escolares, no se dejaba tirar. Aunque Steve no era calculador como su padre, pensó que a lo mejor el uniforme le vendría bien como disfraz para los carnavales de Cádiz o para entrar en un concurso de chirigotas o para un Halloween, ¿quién sabe? Y, después de todo, el uniforme era fácil de transportar.

La venta de la casa de Rota se cerró el 31 de octubre de 2020, el mismo día en el que los cadetes de la academia naval, a pesar de la COVID, tenían la tarde libre por Halloween. Steve salió a la calle con el uniforme en una bolsa de la tintorería Colella y los cuadernos en una de El corte inglés. Y, mientras tomaba un café para reconciliarse consigo mismo, se emocionó al ver pasear ante sí a tantos cadetes que, al igual que su padre, habían prometido dar su vida por la patria si era necesario.

Crecido por el orgullo paterno, no lo dudó un minuto, entró en la barbería más próxima, pidió un corte de pelo y rasurado militar, se puso el uniforme de su padre en el baño de la barbería y se sintió como un hombre de bien; se miró luego en todos y cada uno de los espejos del barbero para asegurarse que todas las medallas, estrellas y cordones seguían el orden reglamentario y salió siendo el vivo retrato de su padre. Una vez en la calle, se miró de nuevo y con orgullo en la luna de un escaparte y, lo mismo que a Dios en el séptimo día de la creación, a Steve, su obra le pareció bien. Iba Steve O'Brian por Rota más altivo en su disfraz de marine que don Quijote con su baciyelmo por la Mancha, cuando dos jóvenes oficiales de la patrulla naval, tras leer su

placa de identificación, le echaron primero el ojo y luego el alto; los dos jóvenes eran cubano americanos de la base naval de Miami y, a distancia, sin mediar palabra, podían identificar a un juerguista:
-Disculpe, lugarteniente O'Brian; esas alpargatas no son reglamentarias. Acompáñenos.
-Ustedes estáis de broma ¿o qué?; que yo no soy el lugarteniente… que soy su 'sschurumbel' — replicó Tibi en su cadenciosa habla, aspirando sus eses y sus haches, asibilando sus ches, ceceando o seseando según le venía en gana y, en fin, creando su propia jerga.
-Ya.
-Ni ya, ¡ni la Virgen del Rocío, mi alma! Ya sé que los deditos de los piesss pie se me sssalen por las ventaaaanas, pero es que los tengo enseñaaaos; ellos están aquí abajito pa' ver, pa' ver… pa' que yo no me tropiece, y pa' que miren por donde pisssso.
-*This is the law*. No es una chirigota, lugarteniente
—*What's your problem, man??!!* Se lo juro por la memoria de mi madre; que los zapatos de mi padre no me valen, que sssson del 38 y yo tengo pie de hombre; del 40 pa'rriba, como toooodo, y si no pregúntenle a mi Almudena. Además… mi alma, que no me ha dado tiempo a completar el disfraaaz; … que vengo de la barbeeeería. *Come on guys!!* … No me vengáis ustedes ahora con bulerías, que se me achicharran los chipirones. Me sobra parné, chiquillos, que le den el primer premio del concurso a un necesitaaaao, que a mi me sssobra --dijo aireando el cheque con el importe de la venta de la casa.
—Lugarteniente O'Brian, está Ud. detenido por infringir el código de uniforme militar, por desacato a la autoridad, injurias, rebeldía y alteración del orden público.
—Vamos, vamos, chiquiiiillos, estáis ustedes tomándome el pelo; acabo de vender la casa de mi padre (el

lugarteniente, dijo señalando la placa con su dedo meñique) y con los réditos voy a comprarme unas *All Star* de última gama para mí, y otras para vosotros ustedes. *What do you think? Eh?*
—Añadimos a estos cargos el de agravio y soborno.
—Vamos a ver, ¿es que no lo entendéis ustedes? ¡Yo soy el hijo de mi padre!
— *Absolutely, we all are, Lieutenant*.
—Sí, claro. Claro, señor oficial — espetó Steve, poniéndose muy serio, elevando la quijada tocándose la barbilla con una mano y metiendo la otra en la dragona de su espada —. Lo que digo es que mi padre, que Dios lo tenga en la gloria — bajó los ojos, hizo una breve pausa y se persignó —, es el difunto dueño de este uniforme.
—*Add to the list:* necrofilia y desacralización.
—O me soltáis ustedes o les doy un tajo con esta navajita que no lo cuentan —dijo acariciando el sable.
—In addition: violencia, intimidación y peligrosidad. Pasada la fiesta de todos los santos le leerán todos estos cargos en el cuartel militar.
Ahora acompáñenos, Lugarteniente O'Brian.
—Escuchadme, ¡mi alma!, pero no sabéis ustedes que yo he sido un buen hijo. I have evidence! Look, look! dijo abriendo la bolsa de El corte inglés con sus cuadernos.

Y luego, casi pidiendo perdón, musitó, no van sus excelencias a quitarme las condecoraciones, ¿verdad? Sepan que mi madre se llevaría un gran disgusto y sepan que mi abuelo español era juez de instrucción, y que todos mis tíos son abogados del Estado, y que los Sandoval nunca han perdido un pleito.

Y, quítenme vosotros las manos de encima que me manchan el uniforme.

Mateo Bonilla

Mateo Bonilla is a writer, editor, and translator. He lives in Washington D.C. with his wife Victoria. Mateo was born in Ecuador and goes back and forth between his hometown of Quito and the U.S. His writing is influenced by the work of Neil Gaiman, Matt Ruff, Ursula K. Le Guin, and Isaac Asimov. Love rescued him from living in a sweaty jungle.

"Together with Luis and the gang, we unmasked many pages of elegant prose to find ourselves looking through the glass."

My Friend the Lab

A healthy five-year-old Labrador, Drago is the spitting image of friendship and loyalty. I brought him home after the divorce. Our routine involves two feedings at 6 am and 5 pm and two walks at 7 am and 6 pm. If I ever forget or delay any part of our schedule, Drago will enthusiastically remind me by barking and I'll drop whatever it is I'm doing, before he wakes up the baby.

"A friend is someone who knows you inside out and still loves you," I think I read that somewhere. Sometimes I wonder, would Drago put up with me if he had a choice? Since he was a puppy, he's been my weeping pillow–particularly during my divorce with Jeff, confidant, when I needed to vent about my unbearable bosses at Freedom Mortgage, and, babysitter, spending hours at a time letting Marcy pick at his face and pull his fur while I sold houses on the phone. He always listened.

If Drago could speak, he'd probably complain to me about my obsession with cleaning him. He detests when I pry open his mouth to brush his teeth. I learned this task requires gloves, after cutting myself on his sharp canines.

I brush very carefully using circular motions to get all the yellow and green tartar that sticks to his pearly whites and reach all the way back to the last molar. This last bit makes him gag.

On snow days, I wish I had kept my husband around. But then again, I think I'm doing fine with just my dog, he'll never cheat on me. He is also pretty stable, except when it comes to food, which drives him crazy. In the end, Drago is the opposite of Jeff, loyal and dependable.

When it snows, I drag myself out to the street to shovel and sprinkle salt on the walkways in the front and back of the house. I used to love everything having to do with snow, even shoveling in 19-degree weather, but lately, it fills me with dread. What if I slipped and fell on the ice and hit my head or something? What if this happened in the back of the house that's fenced around by trees?

I picture myself laying unconscious on the icy walkways. After ten minutes Drago starts to bark. Baby Marcy is frightened by the loud barking and begins to cry, but no one can hear them. As I normally do when I go outside to toss out the trash or to get the mail from the mailbox, I leave Marcy playing with Drago on the living room floor. They're best friends.

It's 5 pm now, I've been unconscious for two hours. My breath is a slow icy trickle. Marcy watches her buddy Drago as he walks over to the front door and starts to jump up and down startling her. If it were any of my friends watching over Marcy while I went out on a date, they would have been able to fix themselves a sandwich and use the bathroom. But poor Drago is stuck, his entrails tearing out from within.

I've been out for hours now. My heartbeat has almost come to a complete halt. My thoughts slow down, I begin to see relationships in context. Labs are exceptionally pliable because of their strong desire for food, more than any other breed I know. As a newborn pup, before he learned to love us and seek our affection, Drago was undomesticated. I built the kind of friend I wanted through a reward system. This is a case of unrequited love.

It's 2 am and I have been out since 4 pm. The longest Drago has gone without eating is five hours at most. I've kept my end of the bargain for the last five years, does that count for anything? A red curtain falls over my dog's eyes. Drago's tired body jerks from deep inside as his canis instinct takes over. His ears and tail prick up, and he starts to search for nourishment. This isn't my Drago, anymore.

Marcy hears noises in the kitchen and she crawls over expecting to see me. She comes within biting distance of the dog incessantly scratching at the door. The air in the kitchen is impregnated with Marcy's scent. The animal turns its attention to the child, it's salivary glands begin to kick into action, its fur stands on end.

I snap out of it and run inside. Marcy is sleeping in the living room, her hand resting on Drago's neck. I pick her up gently trying not to wake her and place her in her playpen. It's 5 pm, I grab Drago's plate sitting on the floor next to the fridge, fill it with food, and place it outside in the backyard. I close the door behind the dog and take a deep breath.

Valentina de la Borbolla

Me llamo Valentina de la Borbolla y tengo 19 años. Estoy estudiando Ciencias Políticas y Estudios de Género en la Universidad de McGill en Montreal.

"Lo que más me gustó del taller de escritura fue escuchar las historias de los demás y ver las interpretaciones tan diferentes del tema original."

Mort de l'âme

El piano llevaba toda la vida en la casa de los Hinojosa. Había sobrevivido guerras, bodas, funerales y bautizos. Los hijos mayores, ya casados y con hijos, rara vez se asomaban al cuarto oscuro y polvoriento donde antes tocaban todos los domingos. La única que todavía se sentaba a tocar era Amalia. Era una niña solitaria pero amable y bien educada.

Tenía pocas habilidades sociales y de niña sus gritos de desesperación antes de ir a la escuela le garantizaron una vida en casa y una institutriz alemana de mal carácter, de lunes a viernes.

Cualquier otro niño se hubiera vuelto loco de soledad y de aburrimiento, pero para Amalia, el silencio era su mejor amigo.

Al principio, sus padres se preocuparon por el comportamiento de la niña. Los otros hijos habían sido todo lo contrario, y no faltaba día en que uno lloraba, el otro rompía un adorno, y el último salía con las rodillas moreteadas.

El silencio de Amalia les parecía evidencia de un error genético, tal vez, o de una lactancia defectuosa. Pero con el tiempo llegaron a apreciar a su niña fantasma y el silencio amable de sus vidas.

Amalia demostraba un gran interés por el piano, y a sus cortos cinco años se había enseñado a tocar "Clair de Lune" usando los discos de su padre.

De regalo de cumpleaños sus padres le contrataron un maestro de piano que iba todos los miércoles después de comer. Al inicio el profesor preparaba clases simples y un tanto aburridas para la niña hasta que se dio cuenta de su talento y empezó a tratarla como el prodigio que era. A los diez años, Amalia había tocado en el centenario de la independencia, en el cumpleaños de la esposa del gobernador, y en la recepción del embajador de España.

Los padres, orgullosísimos y recibiendo con gracia la atención nacional, usaron su nueva imagen pública para reestablecer el nombre de su familia, muy venida a menos después del cambio de régimen.

Como recompensa por su talento, decidieron mandar a Amalia a un internado de música en el sur de Francia durante un año. Viviría rodeada de los mejores maestros y tendría la oportunidad de refinar su arte. La niña aceptó gustosa, aunque con reservas acerca de vivir con tantos niños de su edad. No obstante, Amalia se fue, se convirtió en la mejor de su año, y regresó nuevamente a ser el orgullo de la nación.

Al regresar, sus padres notaron un cambio. La sonrisa suave de su hija había desaparecido y en su lugar se dibujaba una mueca sutil, pero perversa. Su silencio

parecía amenazante, cómo si estuviera planeando algo en secreto. En el internado, Amalia había conocido a una pianista mundialmente reconocida, retirada, marchita y amargada por una artritis implacable que marcó el final de una carrera notable. Amalia se convirtió en su protegida, y todas las tardes le daba una partitura nueva para estudiar.

El último día en el internado, la profesora le regaló una última partitura, vieja y con las notas corridas del uso. La envolvió en un sobre blanco y le dio instrucciones específicas de no abrirlo hasta estar en su casa. Le repitió mil veces que después de tocar esa pieza, no iba a querer tocar otra jamás.

Al llegar a casa la niña fue corriendo al piano y empezó a tocar las notas tristes de la pieza. Cuando terminó, Amalia se dio cuenta que las yemas de sus dedos tenían un tinte amarillento. Sin pensarlo más, decidió que debía ser la mugre acumulada por los años en las teclas de su piano. Le gustó la pieza, y se dedicó a practicarla todos los días.

Después de una semana, se la sabía de memoria y podía reproducirla a la perfección con los ojos cerrados. Sin embargo, mientras más tocaba sentía que algo frío le recorría la espalda. La vista se le ponía borrosa y tenía unas palpitaciones en el pecho que hubieran asustado a cualquier cardiólogo.

No le prestó mucha atención a sus síntomas hasta que se sorprendió caminando sonámbula al borde del barandal de su balcón. Cuando tocaba, sus ojos se ponían en blanco y la mueca perversa le atravesaba la cara. Se volvió violenta, respondona y agresiva. Su institutriz no

lograba agarrar su atención y las sirvientas encontraron todos los cuchillos de la casa bajo el colchón de su cama.

Sus padres, alertados por el cambio en su niña, mandaron traer al mejor doctor del país, quien declaró con certeza que era un caso más de histeria. Amalia se sentía cada vez más inestable, y a pesar de su corta edad, sabía que algo no estaba bien. Su único consuelo era la pieza de su maestra, y a pesar de sus dolores se pasaba las tardes sentadita frente al piano.

Con el tiempo, la familia y los sirvientes aprendieron a dejarla en paz, atendiendo sus caprichos pero sin entrometerse más. La niña empeoraba con cada semana y después de tres meses los doctores prepararon a los padres para lo peor. En la casa sólo se escuchaba la música lúgubre del piano durante el día y sus pasos pesados durante la noche.

Un mes antes de su muerte, Amalia despertó temprano, bajó al cuarto del piano y se sentó a tocar. Nunca se volvió a levantar de ahí. Se la pasaba tocando la pieza del internado una y otra vez, sin descanso, sin comer, sin ir al baño. Sus padres intentaron despegarla del instrumento, pero no hubo esfuerzo humano que lo lograra.

Su madre se sentaba llorando a sus pies, rogándole que la volteara a ver pero Amalia fijaba su mirada en blanco en las teclas frías del piano.

Después de una semana, aparecieron unas ampollas sangrantes en sus dedos, y un olor a podrido impregnaba el cuarto oscuro. A las tres semanas, la niña era una pila de huesos, con la poca carne que le quedaba de un tono verde enfermizo. La mañana de su muerte, Amalia

tocó la pieza una última vez hasta caer muerta en las teclas, como pájaro en una ventana. Los padres tampoco lograron quitar su cuerpo. No hubo funeral ni ceremonia. Simplemente cerraron la puerta de ese cuarto oscuro y polvoriento, dejando el cuerpo en descomposición de Amalia con la partitura que leía "Mort de l'âme".

Juan Carlos Huerta Galindo

I was born and raised in Morelia, Mexico. I went to Medical School in Guadalajara. I have practiced Medicine in New York for three years. I am interested in Literature, Film and traveling.

Rojo Manantial

Desde que me estaba tallando con jabón los dedos; no, más bien un poco antes, esto es, cuando me estaba colocando el traje quirúrgico, noté que me temblaban las manos de manera incontrolable.

Que me tiemblen las manos no es algo nuevo para mí: padezco estas sacudidas desde que era un niño. O tal vez podría decir que me aquejaban incluso antes de nacer, pues se trata de un mal familiar (que mi madre también padece). Se llama temblor esencial, y es una condición que se hereda de manera autosómica dominante. Tiemblo, pues, desde chico.

En el transcurso de mi infancia fui atendido por muchos médicos y uno de ellos, entre burlas y veras, me dijo que lo mejor que podía hacer para controlarlo era convertirme en cirujano. Mi madre y yo soltamos la carcajada; la risa aún nos acompañaba al salir del consultorio cuando, llegando al coche, su cara adquirió una solemnidad mortal y me rogó que considerara, en serio, la propuesta del médico.

Después de que he terminado mi aseo prequirúrgico y de que la enfermera instrumentista me ha vestido con la bata, el gorro y las botas estériles, llega el momento de colocarme los guantes, lo que no deja de avergonzarme pues, al hacerlo frente a los internos, que me consideran su maestro, mi miseria no hace más que empeorar. Tal vez, en su fuero interno, se pregunten la calidad del árbol al que han escogido arrimarse.

"Este señor apenas se puede poner los guantes, ¿y va a enseñarnos a operar?" Cuando he finalizado mi tarea — el dedo meñique de la mano izquierda parece especialmente reacio a colocarse en su lugar — confirmo con la anestesióloga que todo esté preparado. "Sí, todo listo", contesta.

Es momento de iniciar. Tomo una inhalación profunda antes de ordenar a la instrumentista: "¡Primer bisturí!". Al momento de entregármelo, noto que mi mano tiembla con violencia. La enfermera, con la que he trabajado durante tantos años, conoce muy bien mi condición. Pero hoy no puede evitar abrir los ojos de manera desmesurada. Aún así, transporto el escalpelo en dirección de la línea que he trazado, como referencia, en el abdomen de mi paciente.

En el preciso instante que la hoja del bisturí se posa en la piel y mi mano toca carne firme, el temblor disminuye, aunque nunca termina por desaparecer del todo. Hago la primera incisión: el tejido adiposo es el primero en hacer su aparición, desparramándose. Aplico el cauterizador sobre los pequeños vasos que empiezan a sangrar. El olor reconcentrado a sangre coagulada empieza a invadir el quirófano.

Una vez que me cercioro que las pequeñas arterias ya

no están sangrando, procedo a incidir la fascia alba y, posteriormente, la fascia transversalis, después de lo cual me encuentro con mi viejo amigo, el peritoneo, que recubre, lustroso, las entrañas de mi paciente. Hasta ahora, todo bajo control; las fases iniciales de una laparotomía siempre son las mismas. Sin embargo, con el enfermo de hoy, al que llamaremos señor R por ética profesional, cualquier cosa puede pasar. Tiene 55 años y una historia de alcoholismo crónico que le ha costado dos órganos: el hígado y el páncreas. Hoy mi atención está puesta en el segundo: el último estudio de imagen, que le realizamos porque había perdido peso y su piel había adquirido un tono ictérico, mostró un tumor que parece maligno. Lleva dos días sin comer, vomita sangre. Y todo por no controlar su forma de tomar.

¿Pero es por culpa del alcohol o de él mismo? Yo, al igual que el señor R, disfruto la bebida. He tomado desde que tengo memoria. Para responder a los reproches de mis familiares y amigos, que insisten en que tomo demasiado, siempre utilizo un argumento incontrovertible: bebo para controlar mis sacudidas. Y que no parezca que utilizo mecanismos de defensa neuróticos para justificar mi afición: es un hecho que el etanol es un agente potente contra el temblor esencial. Naturalmente, nunca existirá un estudio científico serio, digamos, un ensayo clínico aleatorizado, en el cual se investigue la efectividad de una sustancia potencialmente nociva para el tratamiento de una enfermedad.

Ahora, lo que se define como potencialmente nociva es algo subjetivo; ¿no es cierto que la quimioterapia es una forma sublimada de comercializar veneno? En cuanto a los medicamentos inocuos, o que así se

venden, no hay ninguno que yo conozca que carezca de reacciones secundarias. A este respecto, y espero que mis compañeros alópatas no se rasguen las vestiduras, yo prefiero ponerme en el bando de Hahnemann.

Mi acercamiento al consumo del alcohol, es por así decirlo, homeopático, pues utilizo pequeñas dosis diarias para evitarme los problemas que suelen aquejar a los borrachines consuetudinarios. Hoy, por ejemplo, antes de salir de casa rumbo al hospital, apuré dos caballitos (pequeños, para no herir susceptibilidades) de Don Julio. Para enmascarar el olor, me froté de manera enérgica las manos con desinfectante antes de entrar a quirófano. Estoy seguro que nadie se ha dado cuenta.

Una vez dentro de la cavidad abdominal, mi nariz busca alguna pista que me indique lo que está ocurriendo. A pesar de que no identifico ningún tufo característico que me sugiera algún trastorno particular, por ejemplo, la perforación de un divertículo colónico o de una úlcera gástrica, encuentro un desastre absoluto. El paciente debió haber pasado a quirófano mucho antes. Veamos. La vesícula biliar estalló.

Es muy probable que se haya congestionado con tanto líquido, acumulado gracias a la obstrucción ejercida por el tumor. Bueno. De cualquier manera iba a extirparla, pero ahora, con este baño de bilis, se prolongará la cirugía. Las asas intestinales también están tumefactas. Hay congestión vascular generalizada, lo cual se explica por el estado patológico del hígado. Este hígado…ha perdido su tersura natural, su color cobrizo; ahora parece una piedra amorfa, endurecida, grisácea. Se ve que le gustaba entrarle al trago al señor R.

Pero, ¿a quién no le gusta? ¿Realmente los que lo consumimos en exceso tenemos un defecto moral? Porque sí, bebo en exceso. Seguido se me pasan las cucharadas, cargándole la mano a mi autoprescripción. A veces, en plena cirugía, se me ocurren disparates al cerrar los ojos, como imaginarme en la playa, con una provisión infinita de cerveza clara y espumosa.

A partir de mediodía, cada hora que pase sin que beba empeora mi temblor, y le ruego a Dios que no llegue un paciente poco antes de la hora de salida porque eso tiende a generar consecuencias catastróficas en mi cuerpo y, naturalmente, en el de mis pacientes. Sí, he dicho que el alcohol me ayudaba en un inicio a suprimir el temblor, pero, tal vez demasiado tarde, me di cuenta que la bebida es un arma de doble filo: ahora es absolutamente necesario que beba para controlarlo. No existe, ya, otro remedio.

He probado con barbitúricos y benzodiazepinas, que mi buena amiga la anestesióloga provee sin cuestionamientos. Pues bien, el Tafil o el Valium sirven sólo de manera temporal y, cuando los suspendo, todo parece empeorar, así que he optado por evitarlos totalmente.

Por fin he concluido la limpieza del peritoneo. Ya succioné la bilis desparramada y tengo una mejor visión del interior del abdomen. Los internos parecen estar hipnotizados con el procedimiento; estiran sus cuellos como tortugas y asoman sus cabecillas entre los hombros de los demás. Están vigilantes; tal vez, incluso, preocupados. Sus caras, en todo caso, no se apartan de mis manos; y su expresión denota una expectación casi impaciente.

Se me presenta ahora el problema de cómo abordar la

intervención. He realizado el procedimiento de Whipple sólo dos veces en mi vida.

Consiste, básicamente, en remover la mitad del estómago, tres cuartes partes del duodeno, la cabeza del páncreas (donde se encuentra el tumor) y la vesícula biliar, haciendo después una serie de reconexiones de las vísceras restantes, intentando, casi siempre de manera inútil, mantener intacto el tránsito intestinal. Me parece, pues, que lo mejor es iniciar con la extracción de la vesícula, pues poseo una amplia experiencia realizando colecistectomías.

Después me ocuparé de la parte que implica mayor dificultad técnica. La anatomía del señor R es singular, pues la vena porta, en su congestión por la cirrosis, es muy prominente y se acerca demasiado a la cabeza el páncreas. La vesícula biliar ha salido sin complicaciones. Le entregué el espécimen al interno circulante para que la lleve al laboratorio de patología.

Antes de iniciar con la extracción en bloque del estómago, el duodeno y la cabeza del páncreas, prefiero hacer una inspección general de estos órganos y de los adyacentes, para formar con mis ojos y con mis dedos, que se meten en todos los recovecos de esa gran maraña de tripas y de conductos, un mapa en tercera dimensión que me ayude a navegar cuando llegue el reto verdadero, la incisión final.

¿Dónde estará Margarita? Seguido me lo pregunto en las mañanas, al despertar, cuando me hago consciente que de nuevo apareció en mis sueños. La última vez que la vi fue hace muchos años. No sé dónde viva, si sea feliz, si se parezca a mí, si tenga hijos. La recuerdo como una chiquilla, con su traje de baño morado, correteando en la playa. Éramos felices, los dos juntos, ella y yo solos.

¿En qué momento me dejó de querer? Tal vez fue cuando Catalina, su madre, le empezó a meter ideas en la cabeza. La convenció de que no tenía padre y que, si lo tenía, sin duda no la quería. A Catalina no le bastó haberme abandonado, no; tuvo que quitarme a Margarita también.

Cualquier persona que hable con mi ex esposa pensará que soy un ser humano ruin, un alcohólico y un drogadicto en ciernes, pero eso es sólo parte de la verdad. También tengo un buen corazón y hubiera hecho lo que fuera por mi hija; sin embargo, tal parece que a nadie le gusta enfocarse en lo bueno de las personas. ¡Catalina me dejó y me quitó a lo que más amaba! Pero ya, basta de eso ahora. Creo que tengo que probar con algo más, pues el tequila me hace recordarla demasiado.

La incisión en el estómago quedó limpia, sin defectos y la hemostasia fue eficaz. Procedo con el corte del duodeno y obtengo el mismo resultado favorable. Los vasos sanguíneos están tan congestionados, que sangran fácilmente: hay que hacer todo con sumo cuidado. Ha llegado el momento de desprender la parte superior del páncreas, lentamente; el pulso está fino, el temblor ha desaparecido casi en absoluto.

Continúo con la separación, cauteloso siempre. Con mis dedos palpo la masa; sí, es un tumor grande que obstruye el colédoco; en la inspección macroscópica tiene toda la pinta de ser maligno, aunque, a simple vista, no hay metástasis en los órganos circundantes ni en los ganglios linfáticos.

Bien, he palpado la totalidad de la masa, que sigue unida al resto del páncreas. Ahora es momento de extirparla. Cuando me he cerciorado que el muñón del estómago y el del duodeno está fijos, y que todo el bloque es lo bastante

sólido para ser extraído en una pieza, le pido el bisturí a la enfermera y trazo una línea imaginaria, en el cuello del páncreas, donde realizaré la incisión. Es tan frágil el tejido pancreático que la hoja se desliza como si fuera mantequilla…

Después de un segundo, ya irreversible, percibo un borbotón de sangre oscura, que emerge en abundancia.

Me quedo estupefacto, ¿qué ha ocurrido? Separo las dos partes del páncreas y no puedo identificar el origen del sangrado. La sangre se desparrama de manera furiosa; es tan oscura que parece bilis negra; brota como un manantial, un manantial de muerte. Veo todo en cámara lenta, siento una parálisis ascender por mi cuerpo, que me impide hablar, que me impide hacer cualquier cosa. Súbitamente escucho a la doctora Orozco, cuyo grito me regresa a la realidad:

"¡Doctor Chávez, la vena porta!". Ordeno, de manera maquinal, el equipo de sutura a la instrumentista; me lo entrega al instante, mientras Orozco se esmera en succionar la sangre que ya ha llenado todos los escondrijos abdominales y empieza a formar un charco, una piscina, un océano, en el campo quirúrgico.

Después de algunos minutos la sangre brota con menor intensidad, pues la severidad de la hemorragia parece haber vaciado las arterias del señor R. Por fin, al terminar la succión, logro atisbar el vaso sangrante.

Es ahora, y no después, cuando hay que salvar la cirugía. Intento, pues, ignorar los monitores que emiten sus alarmas chillonas sin parar; intento prestar oídos sordos a los gritos de los médicos y las enfermeras; intento

no pensar en mi hija Margarita, que parece que se ha olvidado de mí.

Prefiero concentrarme en la vena porta, ese rojo manantial que no se deja sujetar, empecinado en resbalarse de mis manos que, más por costumbre que por miedo, no dejan de temblar.

Enrique Maraver

Enrique Maraver, (Puebla, 1973). He loves to see the rising sun, listen to the sea and smell the scent of flowers. Fugitive from the university and omnivorous reading. Hefestus is his favorite philosopher from who he has learned to make philosophy by hammering.

Men at work

Somos seis en la troca: dos en la cabina, cuatro en la batea.

— Es fácil, compa, aliviánese ¡Pues! — Es la cuarta vez que me dicen lo mismo.

Algo del desencanto se me ha de notar. No es lo que esperaba. Tan bonito que es hablar de la revolución bebiendo cerveza, pagada con becas. Y luego el grado académico, estudio, seminario, círculo de estudio, el colectivo, la brigada voluntaria. Teoría y buenas intenciones desde el privilegio, es como estar aislado, como vivir en un asilo, fuera de la realidad, pero haciendo planes para cambiarla, definitivamente, lo imaginaba distinto. Uno se intoxica de buenas intenciones y del modelo moral que plantea el santoral rojo.

— ¡Cómo estorban estos pinches huacales! ¡Pura pinche fruta culera! – grita el Mao

— Pero son "la fachada" compa – le responde el Sangrino
— Ya sé, ya sé – replica el Mao

— ¡La maldita romantización! Fácil, gratuita y pequeño burguesa – dice el Sangrino, mientras nos mira retadoramente y agrega. –. ¿Quién hubiera dicho que esto acabaría así o no, Doctor, Maestro, Licenciado?

— ¡Chinga tu madre! — responde el Mao
— ¡Ya, compas, no mamen! — tercia el Capitán.

La camioneta chirría cada vez que pasa los baches. Con ese olor a escape, con que no nos ahoguemos antes de llegar, ya la hicimos.

Nadie me explicó que las condiciones materiales, las condiciones subjetivas y tanta sesuda disquisición valdrían madres. Que uno se la pasaría pensando en las ámpulas de las manos y los pies y, peor, yo en mi coxis, mi puto coxis, ¡jodido, de tanto dar contra el piso de la batea. Quién hubiera dicho que toda esa fraseología, pretendidamente elevada como tomar el cielo por asalto, o todo el poder a los soviets, me importaría una mierda frente a mi deseo de que cese este dolor. Mi primogenitura a cambio de un pinche coxis nuevo o, de ¡jodido, por un pinche cojín ortopédico ¿El Hombre nuevo con escoliosis? ¿Revisionismo? Peor. ¿Mi pinche Esaú interior? Lo cierto es que, por la mitad de esto, mataron a Dalton. Como que ¡ugar a la guerrillita no me está encantando.

Quizá peor, ¿emerge de mi hijaputez pequeño burguesa, en su estado más puro? Quizá eso, me estoy purificando y como decía el poeta Guillen, todo lo puro, es pura mierda. ¡A saber! Algo es cierto: no soy Pavka Korchaguin ni Omar Cabezas.

Cada vez que el conductor pasa a tercera la troca hace un ruido horrible. Un sonido como de un metal raspando

y luego crujiendo. Quizá un engranaje roto, quizá no embraga correctamente o, de plano, ya se chingó la caja de velocidades.

Yo no sé pero, esto de enfrentarse con paramilitares, me parece ir a patear el avispero. Sobre todo porque, si somos estrictos y hacemos de lado nuestra fraseología autocomplaciente, en términos estrictamente legales, cualquiera que no sea reconocido como una fuerza beligerante, apegada a la Convención de Ginebra, es un paramilitar. Luego, de choque entre paramilitares o bandas criminales, no va a pasar. Y eso sin decir que entre paramilitar y banda delincuencial la diferencia es borrascosa.

Porque la prensa rara vez se entera de las causas y antecedentes, y si lo hacen, lo omiten. No importa si te sientes la encarnación misma del Ché. Pero, ya me callo, porque me lo han dicho: pienso demasiado, y sólo soy un miliciano. Disciplina. O sea: DE-BO CA-LLAR-ME.

Ese motor se está forzando. Ruge y ruge, pero no avanza. ¡Qué bonita metáfora! …ruge y ruge, pero no avanza.

Siempre me pareció romántico pensar en el desembarco del Granma. En el Ché sobreviviendo a la emboscada, ¿alguien recuerda los nombres de los caídos? La pedagogía del heroísmo es simple: ir mansamente al matadero, preferentemente ser de los que matan y no de quienes son matados, pero es opcional.

No rajarse, ser macho o revolucionario, son casi lo mismo, ¿o, qué?, ¿voy a decir que me dolía la colita y que por eso no le puse en su madre al sistema? ¡No mames! Aunque sea cierto. ¡Pero cómo duele el orgullo! Duele

más a que me digan cobarde o chaquetero o traidor. El coxis. ¿Qué? nunca falta el que te salga con que el Ché tenía asma y aún así todo lo que hizo. Con eso de que hay que ser el Ché y no uno mismo.

Otra vez el sonido ese, cada que cambia a tercera. Se traba algo o raspa. No hace bien el embrague. Ruge pero no avanza.

Pensar en los del Granma, quienes se entrenaron en lucha libre con un luchador de ring, tirando al blanco en ferias o haciendo escalada en el Popo. Nomas falta que digan que los entrenó El Santo, que compraron las armas con el dinero de revender los peluches del tiro al blanco o que lo suyo era senderismo proletario. Bien visto, ¿cómo no iban a valer verga en la playa? De algún modo era lógico, ¿no? Digo, mejor hubieran entrenado para pelear de verdad, disparar de verdad o sobrevivir manglares.

Ese episodio del desembarco del Granma me parece una reelaboración del romanticismo con que Lord Byron cayó en las arenas de Messolonghi. Siempre me pareció absurdo, pero cuido no decirlo, porque nunca falta el ofendido, que ya me está queriendo hacer juicio sumario.

Porque es contra revolucionario dudar o no creer ciegamente. Imagínate criticar a su Santidad Fidel, ¡eso es de gusanos! A Dalton lo mataron por menos. Aquí es, entonces, como en el circo romano, ¡Ave, camarada, mori turi te salutant! Todo esto de los héroes, que con su sangre derramada, conquistaron: la Libertad, la tierra, las armas, la Patria, el socialismo. Nuestro santoral Rojo, pues. Los caminos de la revolución, igualito que los de Dios, son inescrutables.

Ese ruido del motor me da mala espina.

Sólo eso falta, que nos quedemos aquí, en medio de la nada, como novias de rancho. Vestidos de soldados y alborotados. No recuerdo, en el plan, alguna consideración sobre qué hacer en ese caso, ¿nos vamos a baja a empujar? ¿nos regresamos a pie por el camino?, ¿hay algún vehículo de refuerzo?, ¿nos escondemos?, ¿hacemos la heroica retirada?, ¿emprendemos la graciosa huida?, ¿cuál sería el plan? Si pregunto, ¿se enojarán? Mejor no. Me van a salir con lo de siempre: que pinche peque, que siempre negativo, que siempre echando la sal, que pinche chamaco de ciudad, que los de ciudad no tenemos disciplina, que queremos venir a dar órdenes, que me regrese con mi mamita y a la escuelita, que si se me olvidaron los güevos.

Así es esto: de lo heroico, del Hombre Nuevo; naciendo de despojos y con cojín ortopédico incluido, but of course!

La cosa es que, nadie tiene puta de idea de a dónde vamos... y no sólo hablo de este momento sino del sentido profundo que tiene la llamada: «transformación revolucionaria», ¿qué es eso?, ¿existe tal cosa?, ¿ o es apenas la retórica indispensable para matar y morir?

El factor sorpresa, dicen tácticamente. Supongo que la incertidumbre ontológica es el corazón mismo de la estrategia igual que la suspensión del juicio y lueguito: los mares de fe revolucionaria, las peticiones de principio, el entusiasmo vacío... ¡Murió por la patria! Dirán: los libros, las leyendas, las efemérides; lo cierto es que murió sin saber a dónde iba, menos aún el: ¿para qué? ¡Pff! Otro puto bache y me bajo... ¿Y si, aquí, los únicos, sorprendidos fuéramos nosotros?

— Aliviánese, compa — y me dan otra palmada en la espalda.

— Mire, usté, dedíquese a cubrir la entrada. Haga posta, pues, cubra, pues, que nosotros haremos el resto. Usté nomás cíñase al plan y dele. Usté ve uno y lo revienta. Y cubra a los compañeros. Ya verá que esos putos son re valientes cuando se enfrentan a campesinos hambrientos o estudiantes desarmados, pero cuando ven bala, corren los muy putos. Con todo el respeto que me merecen los putos. Porque hay compas que son putos y putos que son compas. Me entiende, ¿no? A darle, pues. Nos los vamos a chingar —. Otra palmada.

Ese, compa, sigue bien dormido. Fue el primero en subir. Acomodó la cabeza contra el cristal de la cabina y directo a dormir, ¿cómo puede dormir con la cabeza rebotándole contra el cristal o en medio de este ruidazo y este estrés? Quizá sea eso, su respuesta al estrés es dormirse. Se me hace que, aquí, el único pendejo soy yo. Voy a tratar de dormir un poco. Pero, este pinche dolor del coxis y los rebotes contra el piso, lo hacen imposible. Quizá, si no me doliera tanto, ya me habría dormido. A saber.

Es difícil pensar en la justicia, en los altos ideales de la revolución, mientras uno piensa en cómo asesinar a un grupo humano, en exterminarlo y hacer lo imposible para evitar que hagan lo mismo con uno. El Hombre Nuevo nace a balazos. Como un Huitzilopochtli pero con conciencia de clase. Poniéndole en su, meritita madre, a la oligarquía, que son como los Centzon Huitznáhuac y la Coyolxauhqui... ¿El Hombre Nuevo… con su coxis nuevo? ¡A huevo!

Los ideales más altos de la humanidad se cocinan en trincheras y emboscadas. En cuartos de guerra o de

torturas decorados con ejecuciones sumarias. Ojalá no tengamos que caminar mucho, porque con las patas ampuladas no voy a llegar muy lejos. ¡Ah!, pero quería estar mamando con ser milicianito, con ser el action man. A veces me parece que la ortodoxia de ceñirse a cierta idea de corrección política, es el verdadero problema. Hacemos certidumbres con creencias, donde corresponde tener evidencias.

Luego el horror y las víctimas, quienes sólo, han cambiado de bando. Sustituimos el abuso del régimen anterior con los abusos de los tribunales revolucionarios. El pasarse de lanza de unos pocos sustituido, por el pasarse de lanza de las, supuestas, mayorías, acto seguido llamarla: Justicia revolucionaria con harta pompa y boato. ¡A huevo! Toda una nueva gramática: impuesto revolucionario, expropiación revolucionaria, zona de conflicto, desplazados, zona de guerra, casus belli. La política por otros medios...

Ahí está, otra vez, ese ruido.

Cada que pasa una curva y acelera, al meter tercera, se da este silencio y suspenso de si raspa, embraga o de plano ya no entra. Y... sí, esta vez, sí entró.

A veces, me siento como una suerte de Adán rojo. Renombrando, por completo, el mundo, en clave revolucionaria. Adam, adamá, adom, ¿Qué habrá pensado Dios cuando unió etimológicamente: hombre, tierra, sangre, lo rojo? Adam, adamá, adom. Hombre, tierra, sangre. A problemas cabrones, soluciones cabronas.
Una gramática nuevita para esta nuevita real politik.

Tengo un dolor en la la boca del estómago, con los nervios no distingo si es mi gastritis o el hambre. O ambas, mezcladas con un chingo de miedo.

La revolución del lenguaje; el eufemismo como la expresión sublimada: más pura, más buena, más mejor ¡pues! – diría mi compa – . El Estado Mayor de la Revolución, pero del Lenguaje.

El eufemismo, la mentira, el dato falso o sesgado como acto revolucionario. Si la verdad nos hiciera libres, entonces ¿qué tipo de esclavitud sería la mentira? Quizá en realidad sólo le damos una vuelta más a la infame historia humana.

Una meneadita más a este guiso del horror, eso sí, con hartos vocablos o cargas semánticas. Cambiar la realidad a fuerza de bombazos semánticos.

La injusticia vieja, sustituida por la injusticia, nueva... La venganza del pueblo será implacable; las víctimas serán otros, otros los muertos; el miedo cambiando de bando; lo imprevisto o inconveniente recategorizado como daño colateral; los costos de toda revolución. Men at work! ¿Se podrá ser revolucionario sin ser asesino? ¡Otro bache! Parezco la puta Llorona, sólo que la versión ¡Ay! ¡Mi Coxis!

— ¿Quiere un trago, compa?

— ¿Qué es?

— Café ¡Aliviánese! Todo va a estar bien. No se le olvide quitar el seguro. ¡Póngase cabrón! — Un frenazo, se me cae el café.

— ¡Ya valió madres! — Alguien grita.

Valer madres como ontología. Como identidad política. Como destino ¿Y ahora?

Ofelia Montelongo

Ofelia Montelongo is a bilingual writer from Mexico. She received a BA in accounting and finance, an MBA, and a BA in English and Creative Writing. She has a MA in Spanish and Latin American Literature from UMD. Her work has been published in Latino Book Review, Los Acentos Review, Rio Grande Review, Ponder Review, The Lindenwood Review, and elsewhere. She is the 2019 Writer's Center Undiscovered Voices Fellow, the PEN America New Voices Fellow for the Old Town Books Festival, Tin House alumna, Latinx in Publishing mentee, and PEN/Faulkner writer in residence in Washington, D.C.

ofeliamontelongo.com

"Felipe is an amazing instructor. BOOM II helped us keep developing our writing skills. I'll keep coming back, for sure!"

Hormigas

It all started the night I left my bedroom window open. A breeze rushed inside, bringing a faint smell of coconut. Two hours later, little-moving spots invaded my nightstand. Hormigas. Ants. I heard ants are smart: why did they invade a place where I could easily find them? Then, I remembered they were hard workers, but not that smart, so I decided not to kill them.

One day I counted 40. Another day, 45. 53. 62. They moved fast, scurrying away from my cell phone light. They didn't particularly like being counted. The insects scattered inside my books, others behind the lamp, others inside the nine cough drops, and others around my glass of water. One of them even dared to climb it.

The ants were part of my nightly inventory routine until one day, I got sick, and mucus-covered Kleenex made my nightstand a jumble. The ants would disappear for hours, then reappear every time I sneezed. They felt sorry for me. Their gaze unsettled me. Their presence felt heavy next to my absurd non-hard-working body. They felt so sorry that one day they clawed themselves onto my Kleenex and

would not let go. I flapped the tissue side to side, but my efforts were in vain. From the tissue, the ants' antennas turned my way and demanded that I stop. I obeyed, not because I wanted to, but because a large sneeze came out, forcing me to bring the tissue into my nose. I gulped down and felt my swallowing of the creatures.

"You'll never be inside of me," I said. I coughed and blew my nose. Only snot came out. The ants pushed inward, swimming toward my gut.

A rage governed my body, and with the same tissue the ants tricked me, I crushed each one of them on my nightstand.

"You lied to me," I said, swatting the dead bodies. "You all did."

After smashing and crushing every single one of them, I finally went to sleep. For days, it was hard to do inventory inside of me. Night after night, my ant-less life became monotonous. Until one time, one of them reappeared from where it was hiding.

Every night my mission to kill it failed, the ant ran away and hid behind anything larger than her, so I decided to let her live, as long as she didn't call her friends to infest my nightstand again.

This particular ant didn't like to see me. Her eyes never met mine. She strode around up and down my nightstand and rarely stayed still when I was around. One day, I watched her for an hour. She drunkenly crashed and tripped against my water, food, books, and any other item on my nightstand, until she got tired of running. She

probably realized I wouldn't kill her, so it didn't matter if she ran or hid. She was safe. She felt so safe that one day she jumped to my pillow and snuggled up with me. The third night on my bed, she hopped into my ear and told me about her dead friends. She had called me a "murderer." Sometimes she called me "friend," and just one time, she called me "mother."

Days passed by, and Antie comfortably lived with me, feeding herself with earwax and using her snout and antennas to massage my ear. She made me feel I wasn't alone and that my mental knots were no knots at all.

Antie came with me to my doctor's appointment, but a thunderstorm soaked us before we arrived. I protected Antie, covering my ear with a hand, but she fell to the ground as soon as I entered the office. I placed her in my palm and saw how fragile she was. Without her, my ear felt hollow and distant. A tear of mine splashed her face, and one of her antennae moved a little, maybe feeling alive with a part of me.

I scooped her out of my palm and placed her inside of my ear. Her fragile body rushed inside me. She slid through my veins and found life inside my blood. Now she tells me stories inside of me, and sometimes, when she is in a good mood, she talks to her family in my stomach. They talk about a past life when they lived on my nightstand. Sometimes, when they feel nostalgic, they talk about their life before my bedroom window was open, and the smell of coconut invaded me. The coconut smell is gone. Their memories still linger to a life I can't even remember. A life they dreamt of swarming anthills here and there on this earth.

María José Orozco

María José Orozco is 41 years old and originally from Mexico. She is a psychotherapist after spending over 15 happy years as a market researcher. She lives in Mexico City and on top of seeing patients, she keeps learning about many different therapy specialties and... why not also learning about the Boom authors?

"After Boom I, I couldn't miss Boom II which proved wrong what they say about "second parts were never good". Boom II was even better, not only because the authors I re-discovered and that particular new way of analyzing them I learned during Boom I, but because I got to enjoy a lot more my writing; Luis Felipe's companionship helped me feel free and secure while trying to speak out my thoughts & feelings and I'm very thankful for that."

Romper la rutina

Lunes, un lunes más; pero no es cualquier lunes, es el primer lunes de mes. Toca hacer pagos y compras así que, después de todo, es un buen día. ¡Así de triste! Desde que esta pandemia llegó a instalarse en nuestro mundo, un día de pagos y compras de supermercado es un buen día. El supermercado se convirtió en mi lugar feliz, a donde más me doy permiso de ir.

No había pasado mucho tiempo desde que prácticamente todas las actividades se detuvieron cuando yo ya me había construido una nueva rutina. Nueva rutina. RUTINA. R-U-T-I-N-A. ¡Qué aburrida! Pero sí, las rutinas me dan paz. ¡Qué tiempos aquéllos! Diría cualquier abuela, tiempos en los que podías salir a todos lados, rozarte con miles de personas en un concierto masivo, abrazar a todos tus amigos por largos minutos, ir a clases en vivo, viajar…, y un larguísimo etcétera que si intento siquiera listar me devolverá a la misma realidad, sólo que más triste y más ansiosa.

Todo sabe mejor hoy lunes, las quesadillas que preparé para desayunar son como un gran manjar, el baño es

más refrescante, más reconfortante incluso. Hasta decido arreglarme un poco, para ir al súper… ¿Cuándo hubiera yo podido pensar que iba a ser todo un evento? Y aquí estoy, pensando si vale la pena quitarme los tenis y ponerme zapatos, ¿hace cuánto no uso zapatos? Esto sí me gusta de la pandemia: los tenis.

Mejor los tenis, sería demasiado loser ponerme zapatos sólo porque voy a ir al súper y al cajero automático, ¿no? Quizá también me regale un café en el camino, pero ese tampoco vale la pena para usar zapatos.

Subir al auto se ha vuelto algo menos cotidiano, el tanque de gasolina sigue casi lleno, y yo que me la pasaba quejando de que no duraba nada y de que cada mes caía el gasolinazo, y ahora un tanque dura una eternidad, "palomita" para la pandemia.

Enciendo el motor, abro la puerta del estacionamiento con el control automático, de pronto entra el sol en todo su esplendor y a mí me vuelve a parecer que está más hermoso que nunca, igual que el lunes pasado, y el anterior, y el anterior. Me dejo bañar por esta luz, por este calor, nunca me detuve a pensar lo importante que es ni la alegría que aporta.

Empiezo a avanzar; sin darme cuenta, me encamino al mismo súper de siempre, no sólo el de los lunes de pandemia, sino el de toda la vida. La rutina de nuevo. Ni siquiera me aventuro a tomar otro camino: mismas calles, mismos semáforos, mismos puestos. Solo cambia que hay menos gente, aparentemente, otra palomita para la pandemia.

Pisar el acelerador nunca fue tan mecánico como

ahora, pareciera no haber obstáculos en la calle, no hay embotellamientos, no hay gente cruzando las calles donde no corresponde, pero sí hay motos. Uber Eats, Rappi, Didi, Cornershop, y todos los demás, una de las plagas de la pandemia, tache definitivamente.

Me detengo. El auto marca 0 km y cuando de reojo veo la luz verde, piso el acelerador. Hoy me siento con ganas de no seguir rutinas… ¡Al carajo las rutinas! Voy a cambiar de supermercado, a mí ninguna pandemia me va a impedir cometer un acto revolucionario como éste, voy a ir a otro supermercado y cambiaré la cara de este lunes.

0 km, 20 km, 35 km, 43 km, 50 km, 58 km, 65 km, 70 km, qué bien se siente poder manejar a 70 km por Insurgentes, ni las motos me alcanzan. ¡Vaya que estoy rebelde hoy! Esto amerita algo de música igual de rebelde y mucho volumen, escuchar a Martha Debayle no me apetece hoy, ni porque es lunes.

Conecto mi teléfono al cable de audio, algo bueno encontraré en Youtube, sigo avanzando, pero ya no puedo ir a 70 km por hora, no mientras busco la canción perfecta para este momento de romper cadenas; ni las luces amarillas me detienen hoy, así que me voy a permitir poner un playlist de Selena. Youtube exige mucha atención, y yo quiero seguir avanzando a buen ritmo, porque hoy voy a un súper lejano, nada me impide esta gran aventura.

Antes, una "gran aventura" hubiera sido irme de viaje sin avisar, verme con alguna persona a la que no se supone que debiera ver pasando por encima de cualquier moralismo barato infundido por las monjas de la escuela.

Hoy, mi aventura es ir a un supermercado lejano, y para hacerlo de verdad rebelde, voy a ir a uno grandote, de esos que sí se llenan de gente y que nunca me han gustado, pero que hoy quiero para mí.

Pisar el acelerador está siendo lo mejor de esta mañana, sin duda, aunque de pronto se cruza una bici que me hace frenar fuerte, y me deja cierta taquicardia. Pero hasta la taquicardia agradezco, es una señal de que hay vida aquí dentro, supongo. Una vida apagada, pero una vida latiendo al fin.

En la tarde tengo que ver a Laura, y no quiero; no tengo ganas de ver sus ojos traviesos hablando de lo mismo de siempre sin llegar a ningún lugar. No quiero tener que escuchar, por enésima vez, su petición de vernos en persona para la siguiente sesión. "No, Laura, estamos en semáforo rojo, no es seguro". No quiero tener que ponerme seria y quedarme callada cuando ella me pide que sea YO quien ponga el tópico de SU terapia. No quiero sentirme petrificada sin saber qué contestar cuando me comparte que se metió a *Tinder* y que no entiende por qué los señores que están ahí luego luego quieren sexo.

No quiero ser yo quien le explique a una señora de 70 años el funcionamiento y mucho menos los riesgos de las redes sociales como *Tinder*. De verdad no quiero, hoy no. Que Laura no arruine mi aventura de hoy.

¿Qué les pasa a los *Uber Eats*? ¿Por qué manejan así?

No valoran sus vidas parece, menos van a valorar mi auto o mi propia vida. Siempre he temido atropellar a alguien, pongo mucha atención a los semáforos y a los

peatones, pero las motos y las bicis me superan. Salen de donde menos esperas, y si acaso se estampan en tu auto, siempre es tu culpa, nunca la de ellos.

Entonces siento un golpe, por el rabillo del ojo veo a un chico caer de la bicicleta. La mochila verde cae un par de metros más lejos. ¿Qué traerá ahí dentro? Mi taquicardia de nuevo. ¿Me bajo? ¿Me quedo dentro? ¿Me doy a la fuga? ¿Por qué la señora que va pasando —sin cubrebocas — me mira con odio como si le hubiera robado a un hijo? ¿Renové la póliza del seguro?

Oye, ¿Estás bien?

Rosalba Ruiz

Rosalba Ruíz Ramírez is a storyteller, dancer and doting auntie with a passion for travel and a love of food from her native Mexico. Throughout her career as a journalist, she has written about U.S. Latino communities for local and international outlets in English and Spanish. Last year, she embarked on her dream of writing children's books.

"The BOOM + Toolbox classes have been an amazing learning opportunity for me. I'm new to creative writing, and with the instructors' guidance and support, I was able to step out of my comfort zone. Each session provided a dynamic space to spark creativity, and I thoroughly enjoyed sharing that space with my fellow students."

Take a Deep Breath. Exhale

"Take a deep breath."

Ooooommmmmmmmmmm.

Ooooommmmmmmmmmm.

Ooooommmmmmmmmmm.

I'm making the right decision. It's not the right time. I'm in no position…

Ooooommmmmmmmmmm.

It's not like I really have a choice.

I just can't. I can't. I can't. I still have a year until graduation. Two jobs. I can barely make rent. I can barely get some sleep. When would I even have time to take care of a baby?

Ugh. If at least Jeff had his shit together. If I didn't have to do this alone.

Ooooommmmmmmmmmm.

I'm sorry you have to do this alone.

I have nothing to feel guilty about. It is my right.

No one said you should feel guilty. No one is disputing you have the right to do what is best for you.

I've never wanted to be a mother. I mean, just because I was born with a uterus… We're already stuck with a period every fucking month. It is so unfair. All of it. So unfair.

Well, they say that life is unfair. By the way, you never asked me what I wanted.

"If you notice thoughts, simply observe them. And let them go."

OK, thoughts, I see you. And I'm letting you go.

OK, deep breath.

I can be at peace with myself. It is the kind thing to do.

Why would I bring him into this world to suffer? How would he feel if he knew I cried out of pure fear when the test came back positive? How would he feel when he found out his father didn't want him?

Why do you assume I would only suffer? Well, I guess everyone's views are colored by their own experiences.

It would be cruel to let him be born and then grow up in

the foster system. It's broken. Everything's broken.

Oh, yes. From what I've heard so far from in here, lots of things are broken.

Plus, we won't have much of a planet left by the time he's an adult. Oh, all the poor children who'll have to deal with the consequences of our actions. Why would I do that to anyone?

"Take a deep breath."

OK. Sit up straight, relax your shoulders.

Are you talking to me? I don't know how to relax my shoulders.

Why am I even trying to justify this to myself? It's not a sentient being. My biology teacher said so last semester.
I do feel sad though. And tired. So tired. Is it the pregnancy?
I did only get 4 hours of sleep last night.

Maybe after this is done, I'll be able to sleep better. But will I be able forgive myself? Wait. There's nothing to forgive, remember?

I forgive you. Does that count?

"Take a deep breath. Exhale."

OK, thoughts, I see you. I am now letting you go.

OK, little embryo, I see you. I am now letting you go.

Ooooommmmmmmmmm.

Willona M. Sloan

Willona Sloan is a writer and literary host from Washington, DC. She also is the managing editor and curator of Black Coffee & Vinyl Presents: Ice Culture, a literary and art project focused on ice, culture, and climate change.

"Boom + Toolbox II provided an in-depth learning experience and offered a sense of community. I had the opportunity to read stories by authors who were new to me, discuss cultural and social issues, and practice new writing techniques. Thank you to the Mexican Cultural Institute for this unique experience and thank you to our generous instructor, Luis Felipe Lomelí, for your knowledge and feedback".

Begin the Begin

Part I

"He was a very dear friend." Angelina stroked Briana's hand.

Briana stared at the little mound and thought how little space was needed. She wished she had gotten a bigger coffin to at least move more of the earth. She slid her hand from Angelina's grasp, and wiped her cheek.

"Do you want me to make you lunch?" Angelina asked.

Briana shook her head. Mumbling her thank you, she turned back towards the house and retreated, taking small, sliding steps across the grass.

Angelina had been Briana's neighbor for nearly 15 years. She had worried about how Briana would handle the loss. "If you need anything, you call me," she said to the air between them.

Briana poured bourbon into a coffee mug. Her breakfast, uneaten from the morning, had gone cold as she stood outside praying. Now, she ignored her hunger. She drank thirstily, and poured another cup.

Briana took down the photo of she and her Alberto from the wall above his vivarium and pressed it against her chest. Crying and clutching the mug and the photo, she shuffled and stumbled towards the bedroom. She crawled onto the bed, and crossed her legs in front of her. She pulled the comforter around her shoulders, and through her tears she sang their favorite song. She closed her eyes, lost in the melody. She sang their song over and over again, hoping Alberto's spirit still lingered in the house.

The sun moved backwards from west to east, dawning anew. The shifting, shifting, shifting sound of Alberto moving rocks under his feet was music to Briana's ears as she pulled back the covers.

"Good morning, Berto!" She reached inside to pull Alberto gently out of his vivarium, carried him to his little table by the kitchen. There, he could be heated and happy, and keep her company as she cooked.

"Eggs, shall we have?" she asked, knowing Alberto would agree. She would have eggs, toast, apricot jam, sausage links and three to four cups of coffee as she did every Saturday morning, and she would make him his favorite treat: kale salad with sweet potatoes and yellow peppers. She cracked the eggs, humming happily.

The first time around, the years had flown at times, at others creeped, but somehow, they had managed to slip away two, then five at a time. In reverse they went even

faster back into the calendar. Briana's hair was grey, then black.

The tortoise-shaped cake ceased to exist, and no tears were shed at her retirement party, because she wasn't leaving. She was sitting at her desk with her headphones on, concentrating on editing the indices of the Oral History of America's Porridge while simultaneously beginning the copyedit of The Secret History of Garters.

Alberto was such a comfort after a long day. He never judged her for how she gossiped about her co-workers and the many mistakes she was sure she had made in her editing which had been less careful over the years. He just nudged her lovingly.

The visit to Briana's cousin's house in Fredericksburg didn't end with them never speaking again because Alberto's honor hadn't been insulted. He hadn't been accused of the damage her cousin's hamster surely had wrought, and at this time Briana and her cousin remained lifelong friends.

As she grew younger and so did Alberto, they practiced Rosetta Stone Italian lessons together. They went to the farmers' market every third Sunday. Alberto rode in his specially-rigged stroller, and though he remained introverted, he liked the adventure, she could tell. They became active in the Tortoise Meet-up group. When the group started lagging, Briana took over organizing their gatherings.

Before Alberto, there had been James, whom she met while day drinking with her friends at Secrets in Dewey Beach in Delaware. By the end of the weekend, she had

slept with James twice, and she really hoped he would keep his promise.

He hadn't called when they got back to DC and just about two weeks had gone by so she called him first. As she said to her best friend, "Why sit on your ass waiting for life to happen?"

Part II

James's leaving had been both gradual and out-of-nowhere-all-of-a-sudden. She had felt the twinges but they rarely blossomed into something she could point to and name. They had arguments about ____, and ____, and ____, but mostly it was how he hated when she came through the door cranky and ready to fall into bed, and how she was utterly unaffected by the foil-wrapped plates he left on her placemat.

"That's fine, thanks," she would usually say, and head to the bedroom. She wanted wine and cheese puffs for dinner most nights anyway.

Briana slept with her face obscured by an eye mask to block out the light, and earphones plugged in, and hadn't realized James was texting in bed.

He was in love, he said. "I'm sorry—I've met someone."

But he added, "We haven't been happy for a while," as though their break had been scripted for the Hallmark Channel, and those words had some meaning.

She had already had her bachelorette party, and the cops

had come to her maid of honor's house to bust it up. She already had cried at the sight of the tulle and the lace and corseted back at her final dress fitting.

Just like that, now her life had no ending.

Briana moved out of the apartment she had shared with James for two years. She wanted someone to come home to who wouldn't get tired of waiting. She had gone to the pet store without a plan. She was allergic to fur and feathers and wasn't much interested in fish. She hadn't considered a turtle, much less a tortoise.

The young clerk, who couldn't be more than 17, told her Alberto might live at least 50 years, maybe more. Hesitant about another commitment, she left the store. But Alberto's shy personality had charmed her. Two weeks later, she returned, and was relieved to find him still there, waiting.

In that first year with Alberto, she kept him in his vivarium, where he was warm and cozy, but when he went into hibernation, she missed him, and she started planning all the things they could do when he returned.

Gradually, she began taking him out. First, to watch TV. She created a pillow barrier on the couch and placed a foam pad on the floor below in case he tumbled. With her glass of wine, and Alberto nestled, together they binged a season of Miss Marple. Briana created a special labyrinth he could wander through the apartment while she worked from home.

After several years together, she realized that what Alberto needed was more freedom and space. She bought a

house with a backyard, where she loved sipping lemonade and watching him roam through his new enclosure or lay calmly, basking peacefully in the sun.

"It's not weirder than you and your cat," Briana told Jennifer, who seemed oddly embarrassed that she had strolled Alberto over to Summer Sizzle Friday Night Jazz at the Municipal Center. Briana had assumed that Alberto would love the jazz and, of course, the fresh air.

Briana had found a new outing for the two of them to enjoy for the season. She did have to keep a watchful eye for circling birds and frisky dogs, but mostly she could enjoy the smooth rhythms with a chilled Riesling.

As much as she had loved knitting, and doing yoga, and taking up mosaic making, and watercolor painting at home with Alberto, she relented to her friends' pressure to try online dating. She couldn't resist including Alberto in her profile photo. They were, as she noted, "a package deal."

There was John, and then Ryan, and David and then Peter, but as things petered out with Peter, Briana asserted to her friends that she was content.

"Alberto's going to be my life partner. He's going to live for 50 years. That's way longer than I would have been married to James," she told anyone who asked.

Part III

As soon as they were married, Briana and James went into counseling. They worked on repairing their relationship and fixing the things that had been there from the start. At 29 years-

old, Briana felt it was worth the trouble it took for a fresh, new beginning.
She got a new job. They moved out of the city, and into Old Town Alexandria into a small house that cost a fortune but very much impressed their mutual friends.

James got promoted, and while Briana did too, she had two kids and then a third and the cost of childcare just wasn't worth it.

As the story goes…she was happy.

Part IV

Briana made a will, leaving her house to her brother; her car to her brother; and her 401K to her nieces and nephews. What she was really concerned about, though, was who would take Alberto if she should die. She wasn't sure exactly how old he was, but as she hit her milestones, 40, 50, 60, she became increasingly anxious about what she would do without him or what he would do without her.

She had asked her niece, Veronica, to be Alberto's guardian, but she had just laughed like the little girl she was. Only 11 years old, and unable to make a life commitment, Briana determined Veronica couldn't be trusted.

"You should set him free—in your will." Peter had said as he picked at his slice of cherry pie.

She dropped her fork and fell back in her chair. Something inside her broke into little pieces.

"I mean, he will survive, won't he?"

The red flag was waving.

Briana did find a habitat for pets that made sense for their situation. The only trouble was that it was in Massachusetts, but Jennifer said that she would help her to make sure that Alberto got there if Briana should pass before he did. (Some friend Jennifer turned out to be. When Alberto did die, Jennifer was nowhere to be found. She sent flowers to Briana, and frankly didn't seem much affected when they had talked on the phone.)

At 61, Briana wondered what she would do with this big house all by herself. It wasn't as though she could just "get another turtle" as Angelina had suggested. Another tortoise would certainly outlive her, unless of course she found one who was middle-aged.

If she had it all to do over again, would she have traveled more with Alberto? What if they had gone to the Tetons like they had talked about? There were so many places they could have gone road tripping. She had toyed with the idea of organizing a trip with the meetup group, too. But like so many things—it had never happened.

STAFF DIRECTORY

Mexican Cultural Institute in Washington, DC

Ix-Nic Iruegas
Executive Director

Beatriz E. Nava
Deputy Director

Marcel Anduiza
Historical Memory

Pilar Orozco
Administrator

Enrique Quiroz
Artistic Affairs

Luis Cruz-Mejia
Public Relations and Development Officer / Tour Inquiries

Mónica Haro Goytia
K-12 Education / Community Engagement

José Corza
Communications Designer

Ángel López
Maintenance

Nazario Mendoza
Maintenance

MEXICAN
CULTURAL
INSTITUTE
WASHINGTON DC

MEXICAN
CULTURAL
INSTITUTE
WASHINGTON DC